

## Sección de Notas

### ESTE POETA NO NECESITA PRESENTACION, ETC. (\*)

Carlos Edmundo de Ory, nacido en Cádiz hace unos cuarenta años, de profesión autor de artículos, ensayos, novelas, cuentos, diario íntimo, residente en Francia... es lo que venimos denominando con el vago y famoso nombre de poeta.

No es fácil saber qué es un poeta. No es difícil, sin embargo, reconocerlo cuando aparece. Si ustedes le miran a la cara, ahora (1), tal vez en su presencia física no adviertan rápidamente al poeta. Es cierto que su presencia física sería sólo la guarida en donde el poeta deambula; pero, como las casas que habitamos, nuestros cuerpos acabau pareciéndose a nosotros mismos. Entonces, mírenlo un poco más (puede que a él no le disguste: a veces es un niño mimado). Verán una cabeza, pequeña por fuera, con el pelo ligeramente canallesco y los ojos inquietos, incluso puede que atormentados. Una frente despejada, acaso algo insolente. Debajo de los ojos, una zona de arrugas contorsionadas y sombrías contradice un poco a esa leve canallería del cabello que, inexplicablemente, sobrevivió a la carrera de obstáculos del conocimiento; o bien, esos cabellos, por estar entrecanos, no desdican del todo a la sabiduría, también entrecana, que se compone en la expresión completa. Se diría que con su rostro configura, como ha escrito en alguna parte, «un verso de saber y perdón». Lo más peculiar de la cabeza física de Ory es la contradicción por zonas con respecto a la edad: conserva adolescencia en esa desverguenza del cabello, contiene madurez en esa sonrisa, ¿cómo diría yo?, ahorcada por los pies, que relumbra en sus meditativas pupilas, y hay también un poco de vejez en la irradiación del conocimiento que allí, en su expresión, combate con un resol de imaginación y de lirismo. Se puede pensar, mirando ese rostro, que las ideas de ese hombre son rapaces, inquietas; sus sueños, abundantes y quizá en un technicolor desolado; su moral, tan generosa y culta como imprevisible. Ah: Ory sonrío mucho, bastante, lo suficiente, un poco. Pero su sonrisa no es por completo refrescante: diré que sonrío en cursiva o entre paréntesis. Se

(\*) Presentación a una lectura de Ory celebrada en la Asociación Cultural Iberoamericana el 28 de abril de 1965.

(1) Facilitamos una fotografía para tal efecto.

diría que, en fin, tiene miedo. Ha dicho alguna vez —y lo dijo de un modo que parece que lo sigue diciendo desde entonces—:

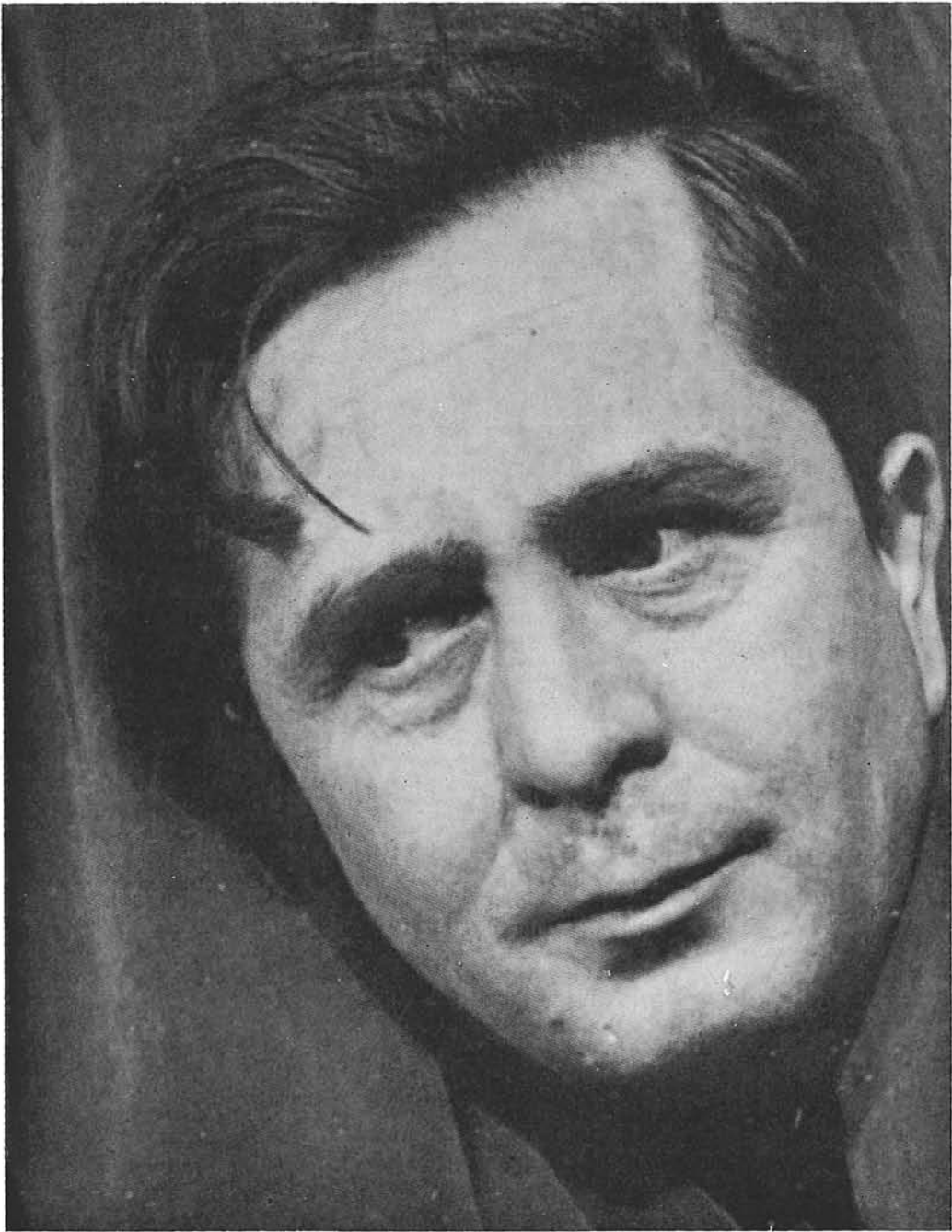
*Todo es temor si fumo,  
también si me levanto a cada instante,  
si miro allí, a la puerta, si no beso  
la mejilla que cruza la noche solitaria.*

*Temor de estar enfermo.  
Temor de ser abandonado.  
Temor de tener sífilis.  
Temor de estar borrado de la lista.  
Temor de que me digan a todo que no.  
Temor de no tener dinero nunca.*

Perdón si ustedes no están de acuerdo, pero yo pienso que el miedo es fundamental en la problemática de un poeta. Un poeta sin miedo me parece inhumano. Sobre todo si habita nuestro tiempo. Hoy, en la mitad sobrepasada del siglo xx, hace falta ser demasiado idealista y amar demasiado la abstracción para no recibir en la propia conciencia el miedo que pulula por todas partes, lento, pesado, como un megaterio amenazador, como una innominable criatura de Lovecraft.

Con esto pretendo haber dicho que Carlos Edmundo de Ory es un poeta moderno. Creo que a este muchacho o a este anciano de corto le da miedo todo, excepto escribir. A veces escribe de un modo devastador, como quien se arranca los cabellos. Una tarde, en París, llamé a la puerta de su casa. Abrió la puerta. Estaba solo, envuelto en humo: había escrito por espacio de diez horas; dos capítulos de una novela, o dos capítulos de dos novelas distintas, no recuerdo bien; sólo recuerdo que tenía una apariencia fatigada y feliz y que me dijo: «Al lado de esto, hacer el amor es una cursilería.» Yo pensé que si en lugar de diez horas escribiendo, hubiera estado diez horas con una mujer, me habría dicho: «Al lado de esto, escribir es una estupidez.» Y no lo supuse de un modo gratuito: él me ha propuesto un tipo de suicidio muy significativo: una mujer, una botella de champán; una mujer, una botella de champán; una mujer, una botella de champán... En otras palabras: este muchacho, desvalido y solemne, imaginativo y teatral, es trabajador y es apasionado. Dos peculiaridades, que, con la ya mencionada, el miedo, forman una conducta realista, dinámica, dialéctica, que configura, poema a poema, pasión a pasión, terror a terror, un poeta de nuestro tiempo.

Parece inevitable decir algo sobre su estilo: Ory es una mezcla apoteósica de la fuerza conceptista de Quevedo, de la endemoniada



Carlos Edmundo de Ory



y cruel ternura de Vallejo, de la desesperación de los «malditos», de la imaginación de los surrealistas, y, además, Ory. El suyo es un estilo que ha conseguido imprimir originalidad a una herencia diversa y resistente. Bajo la fronda de la originalidad de Ory, una fronda tan fresca, hay severas raíces de los metafísicos ingleses, de los «malditos» y surrealistas franceses, de los clásicos españoles. Yo definiría el estilo de Ory como la conversación intranquila y filial de una familia numerosa. La característica de su estilo es la reunión. Todo cuanto le ha conmovido en la vida, todo cuanto le ha sorprendido y todo cuanto le ha aterrado se encuentra aglutinado en su obra. Tal vez la originalidad duradera esté fundamentada en esa tentativa amorosa y desesperada de agrupar diversas formas de sentir, amar y sufrir, y una vez reunidos, dedicarles la vida por medio del trabajo. Una ojeada a un libro de Ory (2) y vemos que nada sacrifica. La labor de selección que lleva a cabo es un trabajo, pero no un rechazo. Considera y adapta la honda y polifórmica herencia cultural del mundo, pero no desprecia uno sólo de sus tentáculos. Leyendo a Ory uno decide que es más original un organismo completo que un organismo mutilado. Su estilo es, pues, muchos estilos valederos, familiares; la autenticidad con que los reúne es lo que lo convierte en repentino.

Pero quiero aludir a Ory también desde otro ángulo; me interesa decir que una vez se escapó de una casa de salud en donde sus amigos lo habían instalado. Que una noche, buscando un burdel, entró por equivocación a una casa en donde había una viuda con su marido de cuerpo presente, y él, Carlos, se quedó un rato a velar el cadáver. Alguien me ha dicho que incluso lloró sinceramente. Que otra noche, en París, se detuvo mirando a una joven muchacha negra que venía por el boulevard Saint Michel bailando con todo su cuerpo, incluidos los dientes, y dijo, con una convicción fastuosa: «Félix, es una diosa...», y que, mientras yo me lamentaba entre dientes de no saber francés, añadió: «O la hija de una diosa...» Que una vez, cuando era profesor en una universidad sudamericana, estuvo varios días cercado por la policía. Que una tarde, cuando su mujer nos dijo el precio de un magnetófono que poseían, Carlos exclamó: «Denise, ¿nosotros hemos tenido alguna vez tanto dinero?» Uno no sabe si Carlos es un hombre que ejerce la ingenuidad para hacerse querer, un ingenuo que deposita en el papel frases tremendas, un escritor que confía en la ingenuidad de los otros para sembrar en ella una semilla de poema irrimiblemente adulto, un niño de vuelta, un anciano con prórrogas,

---

(2) Dentro de las actividades editoriales existen numerosas injusticias. Una de ellas: la inmensa mayoría de la obra poética de Ory permanece inédita. Si algún editor me propone la preparación de una extensa selección de la obra de Ory, se la haré gratis.

un actor, un erudito disperso, un hombre que sufre como un perro o que ama como un reo de muerte:

*Pensando en todo lo que ocupa  
de dolor y de muerte mi vida  
y cómo la sombra me chupa  
la terrible cabeza herida*

*En la noche antigua y velada  
por el apuro de existir  
sé que ya no me queda nada  
sino una cosa: ir*

¿Adónde? ¿Adónde va? ¿Y de dónde viene? Sin duda, viene de muy lejos: del insomnio, el dolor, el miedo, la ternura, la enfermedad, el hambre, los libros, la convivencia, las noches en ciudades vacías. Y pienso que va también muy lejos: a la conciencia de sus lectores. Ustedes lo habrán corroborado ya en este mismo ejemplar de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, páginas 288 y siguientes.—FÉLIX GRANDE.

## LA REALIDAD EXPRESIVA DE LA ESCULTURA

La importancia y la simpatía intelectual del libro titulado *¿Qué es la escultura?* (1), del escritor argentino Osvaldo López Chuhurra, escrito en Madrid y publicado en Buenos Aires, no sólo se debe a la precisión de su naturaleza esquemática, sino a la claridad con que el tratadista plantea el hecho plástico y a la nitidez de la terminología utilizada por el mismo. Divulgar no siempre es aclarar en el pluscuafrendoso terreno de la crítica de arte, sobre todo cuando «historia» y «entendimiento» suelen confundirse, por aquellos que al informar del proceso de la escultura a través de los tiempos, creen comprender —y divulgar por consiguiente— en qué consisten las *formas creadas*, incorporadas en distintas épocas al *espacio real de la naturaleza*. Si Osvaldo López Chuhurra, como tantos críticos-historiadores, se hubiera limitado a ver materia y espacio expresándose en un «tiempo histórico» —Prehistoria, Egipto, Grecia, Roma, etc.—, el trabajo que comentamos quedaría reducido a su informativa y bien conceptuada segunda parte. En vista de que el escritor argentino, antes de cumplir con la correspondiente panorámica de la escultura, se ha preocupado de plantear en cinco capítulos

(1) OSVALDO LÓPEZ CHUHURRA: *¿Qué es la escultura?* Colección Esquemas número 69. Editorial Columba. Buenos Aires.